

La estética de la transgresión

Ana Clavel

Dice Ricardo Piglia que un cuento siempre cuenta dos historias. Es decir, que un relato visible oculta una historia secreta que a menudo está cifrada en una paradoja, un absurdo, un contrasentido. Una paradoja aparente que la historia visible urdida por el cuentista dejará entrever, avizorar, entramar con recursos de una economía tanto más certera cuanto más sobria. Por supuesto, Piglia está haciendo referencia a la estupenda imagen del iceberg de Hemingway: un cuento bien urdido mostrará el bloque visible del témpano, permitiéndonos vislumbrar la masa corporal submarina: “lo más importante nunca se cuenta —aclara Piglia—. La historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión”. Pero el peso de la historia secreta es tal que dicta la forma en que el cuento habrá de ser construido: su aliento intangible determinará el tono, el punto de vista, la estructura del relato todo.

En el volumen *Pasarse de la raya*, Mónica Lavín hace alarde de conocer los subterfugios de la teoría cuentística y ponerlos eficazmente en práctica. Sabe urdir historias que encierran subrepticamente otras historias... relatos secretos, sórdidos, subyugantes, sutiles pero no menos densamente sugeridos a través de otras historias de cotidianidad interrumpida, cuentos que nos conminan a seguir el ritmo de la lectura con un aliento hipnótico, perentorio, urgente: como si de pronto la vida se nos fuera en ello. Es más, por momentos, tenemos la impresión de que hubiéramos *podido* crear esas historias... o, como señala Bachelard ante las obras que de verdad nos conciernen, que hubiéramos *debido* crearlas. A esta sensación de literatura necesaria, se aúna el hecho de la singularidad transgresora de Lavín. En varios de los relatos seleccionados de entre

toda su numerosa producción dedicada al cuento: más de siete títulos publicados, la misma autora se “pasa de la raya”: me atrevería a decir que algunos de ellos son verdaderos hitos en su propia producción en particular, pero también en la del género cuentístico en general. Quien crea que exagero que revise historias como “Uno no sabe”, “El cuidador”, “El día y la noche”, todas ellas deslumbrantes en su propuesta original y los secretos a los que nos enfrentan. Algunos sórdidos como el incesto, otros delicados como la iniciación sentimental. En todos ellos campea la fuerza de la seducción en las historias mismas y en la manera en que la autora nos atrapa para seguirle la pista. En cada uno de ellos asoma la transgresión en sus más diversas, cruentas y sutiles formas: atinadamente Mónica Lavín ha conformado un volumen signado por el rompimiento de los límites. No se trata sólo de la trans-

gresión erótica —aunque el tema esté presente en varios relatos—, sino sobre todo de historias y personajes que de pronto irrumpen en el territorio de lo no convencional, lo desconocido, lo insólito, lo absurdo.

Pero más lejos de Kafka y más cerca de Carver y Salinger, muchos de sus personajes son a menudo seres entrañables e incitan a la compasión cuando no francamente a la ternura. Como la historia de “La perfecta”, una mujer fina, de buena familia, que se deja envolver por el hechizo de un *clochard* de parque e inesperadamente abandona al marido y a los hijos... O la camarera de un hotel de paso que se involucra secretamente con una pareja de amantes y un día se atreve a hacerles un regalo inesperado que da al traste con la relación en el relato titulado “Los jueves”. Otro tanto de ternura se da en el cuento “El día y la noche”, que trae a la memoria resabios de “Final de juego”, “Silvia” y otros relatos de pérdida de la inocencia del gran Julio Cortázar. En este espléndido cuento de Mónica Lavín, “El día y la noche”, especie de crónica de una iniciación y ritual de paso, el orden de la vida se ve trastocado en unas vacaciones en que primos y primas se reúnen sin saber que se despedirán de la inocencia. La aparición de Elena, una prima un poco mayor que ellos, más adolescente y más mujer, modificará la dinámica de los juegos, de lo visible y lo oculto, lo prohibido y el paraíso, el orden de los días y las noches, su confusión irremediable.

Otros personajes suscitan estupor, extrañeza, como el cotidiano corredor que se ejercita en un parque y que ante el hecho insólito de toparse con un cadáver responde de una manera morbosa y delirante en el cuento “Los hombros de Alma”. Un asombro deleitable, no exento de humor, es el



que se nos ofrece en el relato “El nido de Aubrey”: historia de una relación zoofílica en la que la protagonista es testigo y partícipe de los goces perversos de una pareja, que entra en duelo ante la pérdida de su mascota favorita. Pero en este cuento como en todos los incluidos en el volumen, la transgresión toma un matiz peculiar: no sólo se trata de personajes puestos al límite, sino que bordean el abismo y, más aún, se atreven a dar el paso. Como si en Lavín se presentara la fascinación por una estética de la transgresión inusitada, el sesgo, el corte, la disrupción: ver, ir, actuar más allá. En ese sentido, las historias visibles de sus personajes cotidianos, siempre conmovedores, si bien algunos terribles e incluso miserables, terminan encerrando el relato invisible de un atrevimiento, una porfía, una voluntad de ruptura. Todos son personajes transgresores y muchas veces terminan pagando su osadía, pero otras tantas se sumergen en el simple goce de hacer y salirse con la suya.

Los cuentos pueden terminar con un giro imprevisible, o una insinuación sugestiva, pero en todos los casos desarrollan una estructura y un tono que se perciben en la lectura misma como los únicos posibles: como si al narrar el universo implosivo de un joven que va en busca de la madre ausente en el relato “Uno no sabe”, ese tono ambiguo de la primera persona impersonal borrara las fronteras del yo y del otro, de lo que uno no se cree capaz de hacer y la tentación que sabemos nos es propia sobre todo en el terreno de las pulsiones. Este cuento de un incesto consumado con ternura y sordidez, relato de una amorosa venganza por parte del hijo abandonado que nunca le confiesa a la madre su identidad verdadera, es sin lugar a dudas uno de los más transgresores y perturbadores del volumen y de la literatura mexicana reciente;¹ literalmente se pasa de la raya, anonadándonos, deslumbrándonos con su tiniebla, dejándonos la revelación oscura de esas palabras de Paul Valéry, que aquí como nunca cobran

¹ Un antecedente es el cuento “Estío” de Inés Arredondo, incluido en el libro *La señal* (1965), espléndido relato por la ambigüedad de la madre-protagonista que desea y teme al mismo tiempo el encuentro carnal con el hijo. Pero ahí la narradora se detiene en el borde del tabú y encuentra en la figura del amigo del hijo, el conveniente sustituto salvador.



Mónica Lavín

sentido: “es lo que llevo de desconocido en mí, lo que me hace ser yo”.

Para finalizar, me gustaría destacar el alarde de oficio e imaginación de Mónica Lavín en otros dos cuentos excepcionales: “Sobremesa” y “La uña de Richards” —la verdad es que me cuesta trabajo decidirme porque igualmente virtuosos en su originalidad formal son “El cuidador” y “Los diarios del cazador”. En el primero de ellos, “Sobremesa”, se nos ofrece una estructura de cajas chinas: una historia de seducción que oculta otra historia de seducción en cadena, por lo que la tesis de Piglia del cuento que siempre cuenta dos historias encierra aquí la posibilidad *ad infinitum*, aderezada con la recreación de un gourmet de vinos y viandas que sabe degustar también las carnes femeninas. Un ejemplo de lo que la pluma —o el teclado— sugerente de Mónica Lavín es capaz de hacer. Así, en el primer encuentro erótico después de haber disfrutado de toda una cena de degustación, esta probadita de la voz del narrador irrumpe en una segunda persona escrutadora y vigilante que se dirige a la protagonista de este modo acucioso:

... Chupa tu ombligo, muerde tus piernas, ensaliva tus pies, toca tu vientre como si palpara la frescura de un lenguado, observa la carne responder y busca con dedos de artesano tu clítoris punzante. Lo incita con delicadeza como si sazónara el platillo que después su boca ha de sentir, su lengua herir. Te ha vuelto líquida: un amasijo de carnes húmedas, un batir de valvas marinas, un es-

curridero de babas y membranas. Toda tú eres comestible; te ha puesto al punto de no desear más que saborearlo, sentir su sexo crecido en tu boca, ahogándote, dejándote sin aire; exaltando el deseo de que te horade, que te rompa, que te ensarte como después lo hace para dejarte lacia y abandonada, como los restos de un plato (p. 38).

En “La uña de Richards”, cuento que cierra el volumen *Pasarse de la raya*, Lavín ensaya una fantasía elíptica portentosa: la protagonista ve cumplido el sueño que toda fan de los Rolling Stones podría codiciar: conocer en la intimidad a sus estrellas favoritas: Jagger y Richards en su trato cotidiano con una de sus creaciones. Nuevamente la autora se pasa de los límites de lo real para ofrecernos los delirantes vericuetos de la creación en la personificación misma de “Ruby Tuesday”, encarnada en una mujer-musa-quimera, encarcelada como una mascota salvaje, a la que sólo de noche los afamados cantantes dejan salir para dormir con ella en la cama. La sugerencia final de que esta historia secreta se revele como un instante de iluminación fulgurante y fantástica no le resta magia y ensoñación al encuentro, sino que nos hace vislumbrar esos otros territorios a los que es posible traspasar gracias a una imaginación deslumbradora.

Así pues, es un placer acompañar a Mónica Lavín en este recorrido, “pasarse de la raya” de convencionalismos, de lo rutinario, lo esperado para arribar a un más allá en el que la lectura es un acto de transgresión y revelación verdaderamente deleitables. ■